

Entrevista a Alfons Cervera

- Septiembre de 2021 -

NATHALIE SAGNES-ALEM

Université Paul-Valéry-Montpellier 3

Pour citer cet article/ Para citar este artículo : Sagnes-Alem, Nathalie, «Entrevista a Alfons Cervera», p. 105-120, in SAGNES-ALEM, Nathalie (coord.), *Narraplus*, Nº5 – Alfons Cervera, mis en ligne sur narrativaplus.org (NEC+), Mars 2022. <http://narrativaplus.org/Narraplus5/Entrevista-a-Alfons-Cervera-SAGNES-ALEM.pdf>

Tienes una obra profundamente original en el panorama de la narrativa española actual, muy personal pero que tiende, precisamente por eso, a una forma de universalidad. ¿Tienes conciencia de eso cuando escribes sobre tu gente, tu familia y tu propia historia ? ¿Cómo lo explicarías en tu caso ?

Cuando escribo tengo conciencia de pocas cosas. Tal vez sólo de no decepcionar a la propia escritura. Cuido cada palabra, cada frase. Incluso a veces creo que también la acentuación. El tono es importante. La música. Mira, si no, Thomas Bernhard, que se leía lo que había escrito al tiempo que tocaba el piano. A lo mejor es porque siempre leí mucha poesía y eso se deja sentir en mis novelas. No sé si lo que escribo es original -y menos aún si es profundamente original-. Supongo que se refiere la reflexión, que agradezco, a mi manera de escribir, al cómo contamos una historia. Eso sí que lo tengo más o menos claro. Decía José Saramago (seguramente el escritor y la persona que más admiro) que somos herederos de un tiempo y de una cultura. Y soy consciente de que eso me señala directamente. Siempre escribí de la gente próxima, de la que conozco, de mi propia familia. Y también de los sitios insignificantes, esos que no salen en ningún mapa, si acaso sólo en los que reflejan la invisibilidad, el abandono.

Conozco ese territorio de lo ínfimo. Y sé de primera mano que ahí encontraremos lo más universal. Por otra parte, soy heredero de las historias orales, de una literatura que nada tenía que ver con la considerada gran literatura. Nunca hubo libros en mi casa, no tenía guías que me indujeran a unas lecturas determinadas. Me eduqué más en la literatura popular que no sale en ningún manual que en la que ha marcado a tantos grandes escritores. Por eso nunca me han inscrito en ningún grupo generacional y eso que se llama pretenciosamente estilo propio (siempre recuerdo a Flaubert cuando hablo de estilo) es en mi caso un reconocimiento a esos orígenes alejados de todo lo que sonara a obras maestras de la literatura. No sé si la vida y la literatura tienen algo que ver (bueno, creo que sí, que tienen mucho que ver), y las dos tienen en mi caso enormes parecidos. Si eso adquiere dimensiones de universalidad, me llena de satisfacción. Es como no haber decepcionado a quienes con sus libros invisibles a los ojos del mercado me ayudaron a amar la literatura casi más que ninguna otra cosa.

Siempre evocas (en tus novelas o en tus entrevistas) tu trabajo de panadero, cuando muy joven tuviste, con tu hermano Claudio, que ayudar a tu padre. Parece haber sido una etapa muy importante de tu formación como hombre a pesar de lo duro que pudo ser. El filósofo Arthur Lochmann (autor de *La vie solide. La charpente comme étique du faire*, 2019) quiere valorizar la inteligencia manual como conquista del sentido del trabajo (y reanuda con los trabajos del sociólogo Richard Sennet sobre la « cultura de la artesanía »). ¿ Te parece que podríamos seguir este camino, buscando una relación entre el trabajo del panadero y el del escritor ? ¿El del artesano y el del intelectual ?

Es verdad que sale en casi todas mis novelas y entrevistas mi dedicación al oficio de hornero. Nunca utilizamos en mi tierra la palabra “panadero” para definirlo. Fui hornero desde los nueve años hasta casi los treinta. Incluso cuando ya trabajaba en la enseñanza primaria, seguía en el horno todas las noches. Me gustaba ese oficio. Ahora ya no existe. Se ha industrializado y el proceso de hacer pan poco tiene que ver con el que seguíamos entonces. Todo

va muy aprisa y antes todo iba con una exasperante lentitud. Escribía Walter Benjamin -bueno, creo que era él- que lo que escribimos ya es parte importante de nuestra propia biografía. Y ser hornero durante tantos años y en las edades en que lo fui han de marcar necesariamente mi vida y lo que escribo.

Lo cuento en mi último libro (*Algo personal*) y lo he contado muchas veces en otros sitios: una vez nos invitaron a cinco escritores a contar a estudiantes de doctorado cuál era nuestra manera de enfrentarnos a la escritura. O sea, eso que se llama “cocina del escritor”. El día anterior al de mi intervención, un joven y afamado escritor argentino dijo que desde muy niño tenía claro que su destino era ser escritor porque a los nueve años su “mamita” lo llevaba a ver a Borges. Vaya suerte, ¿no?, aunque a mí Borges no me vuelve loco por su clamoroso silencio durante los años de la dictadura en Argentina. Al día siguiente, ante el mismo alumnado, dije que a mí, a los nueve años, mi padre me llamaba todas las madrugadas para trabajar en el horno. Y sigo sintiéndome más hornero que escritor, mucho más. Por eso sale en todas mis novelas esa referencia biográfica. No puedo olvidarla. No quiero olvidarla. Por eso, de una de las cosas que me siento más orgulloso es de que me invitaran, en el barrio madrileño de Vallecas, a unas Jornadas sobre el pan. O sea, que ya ves cómo en mi caso nunca he dejado de seguir ese camino que apuntas. Me queda mucho más cerca lo de artesano que lo de intelectual.

En tu último libro, *Algo personal*, que acabas de citar, hablas de libros y escritores, de encuentros... ¿Por qué, precisamente después de cerrar el ciclo de tus « novelas familiares », sentiste la necesidad de escribir sobre tus lecturas ?

Después de la serie que podríamos llamar sobre la memoria colectiva de mi país, escribí tres novelas sobre mi propia familia: *Esas vidas*, en que contaba el año y medio que estuve con mi madre antes de morir; *Otro mundo*, el relato de los silencios de mi padre, que se murió sin haberme contado nada de su vida; y finalmente *Claudio, mira* donde intento escharbar en ese mundo que mi hermano se ha construido y al que resulta imposible acceder. Algunos amigos se divertían diciendo que ahora faltaba el libro que yo mismo me

dedicara. Ya dije antes -con Benjamin- que lo que escribimos puede ser nuestra propia biografía. Pensaba, por lo tanto, que en todo lo que había escrito ya estaba yo presente. Pero un día me vi releendo con auténtica pasión -más incluso que la primera vez- libros que me habían marcado desde niño. Esas lecturas que antes comentaba y algunas otras que se fueron añadiendo con el paso del tiempo. Eran libros que no existían para el Canon literario. Como ves, seguía interesado en lo de difícil acceso, en lo casi invisible. De ahí, de esas relecturas, nacería *Algo personal*.

Las relecturas, tan necesarias. Lo escribe Julio Ramón Ribeyro, uno de los autores que salen en el libro pero no en la lista del boom literario latinoamericano. Dice que tenemos el deber de releer, más que el de leer. Y eso es el libro. Hay quien dice que somos lo que leemos. Lo que yo digo en el libro es que somos lo que leímos cuando no sabíamos quiénes eran Faulkner, Tolstoi, Woolf, Flaubert u otros nombres fundamentales de la literatura universal. En eso de que somos lo que leímos está la respuesta a tu pregunta: pienso que “Algo personal” es el cuarto volumen de la biografía familiar: el que me corresponde a mí mismo. Y me hace ilusión que sea así. Crecí sin libros en casa y fui construyendo una pequeña biografía llena precisamente de libros.

Tu obra, tus escritos, tus combates hacen que seas una voz muy respetada y legítima a la hora de evocar el tema de la memoria histórica en España. ¿Te parece, si tuvieras que hacer un balance crítico, que hubo recientemente un cambio (para bien o para mal) en la manera de abordar política, ética y estéticamente el tema del pasado de España ?

Los balances -de los asuntos que sean- siempre deberían ser críticos. Lo digo porque a veces no lo son, porque a veces lo que se hace es simplemente un recuento apresurado de esos asuntos y enseguida pasamos a otra cosa. La memoria es eso, crítica, o no es memoria. La memoria no es complaciente, duele, revivimos el pasado a la intemperie. Si la acomodamos a nuestros propios y exclusivos intereses estaremos hablando de otra cosa, estaremos haciendo trampas, como los tahúres en los salones de juego en los westerns. En ese sentido abundan en todas partes -y España no es

una excepción- quienes hacen trampas a la hora de contar el pasado. El pasado es el que es y no admite redención, como escribía Eliot. Cuando hablamos del pasado, de lo que estamos hablando en realidad es de los usos que hacemos de ese pasado.

En España casi nadie se preocupaba de hacer memoria, me refiero a esa memoria que era la de un tiempo confiscado por la dictadura franquista y que luego, con la Transición, siguió en la más absoluta invisibilidad. Después de la Transición, con los gobiernos de Felipe González y el PSOE y los del PP con José María Aznar a la cabeza, la memoria republicana continuaría como si aquel tiempo no hubiera existido. A partir de 1996, con el triunfo del PP en las elecciones generales, la cosa cambiaría levemente porque las derechas regresaron a sus políticas reaccionarias y políticamente vuelven a poner en el mapa político la idea de las dos Españas que cantaba Antonio Machado. Surgirán así propuestas historiográficas (a tener muy en cuenta las historias locales), testimoniales y de ficción que reclamarían la atención de una sociedad hasta entonces desinteresada por todo lo que tuviera relación con la memoria.

Pero la situación, en los últimos años, se ha enrarecido. El revisionismo negacionista se ha extendido con el apoyo de los grandes medios editoriales y mediáticos. La equidistancia como forma expansiva de relacionarse con el pasado se impone gracias a esos apoyos. Ni fascistas ni comunistas: ése es su eslogan. La Tercera España, como la llama ese revisionismo. La España de la inocencia, la que hizo la guerra sin ideología, sólo sujeta al azar que decidía el lado en el que combatías. Es una manera de enmascarar el carácter ideológico, político, cultural, económico que movió al golpe de Estado fascista en 1936. Escritores de reconocido prestigio como Andrés Trapiello, Antonio Muñoz Molina, Javier Cercas y otros no tan conocidos, todos ellos bajo el paraguas académico del profesor Jordi Gracia (cuando tiene lugar esta entrevista, acaba de ser nombrado subdirector de *El País*) ocupan amplios espacios mediáticos y editoriales defendiendo ese punto medio (para mí imposible) que el conflicto, según ellos, requiere para no caer en ninguno de los dos “bandos”. Y subrayo lo de “bandos” porque el lenguaje también cuenta y mucho en este proceso de recuperación del pasado. No había dos “bandos”, en el sentido delincencial que tiene la palabra. Había el bando golpista y quienes defendían la legitimidad de la Segunda República.

Nunca el lenguaje es inocente. Y cuando hablamos de un periodo tan complejo como el que arranca con la Segunda República y todavía sigue enredado en los usos que hacemos de ese pasado, el lenguaje es un medio fundamental para no seguir errando en nuestras reflexiones sobre asuntos tan trascendentales para nuestra historia. En ese sentido, sí que hemos avanzado bastante. Ahora mismo ya no se habla de memoria histórica, un término que en sí mismo era contradictorio. Ahora hablamos -ya era hora- de memoria democrática. Y bastante gente -entre la que me cuento- hablamos y escribimos de memoria democrática y antifascista. En España las derechas -no sólo la extrema derecha- no son antifascistas. Por eso resulta pertinente añadir el término “antifascista” cuando queremos completar un discurso lo más completo posible sobre la memoria. Ahora mismo (insisto, cuando tiene lugar esta entrevista) está a punto de ser discutida en el Congreso la nueva Ley de Memoria Democrática. Su articulado mejora en algunos aspectos la que se aprobó en 2007, con el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero. Pero ya veremos qué queda de ese articulado en su aprobación final en el Congreso y el Senado. La verdad es que muy optimista no soy. Son ya demasiadas frustraciones...

Uno de los temas candentes en la actualidad es el de la defensa del planeta (la ecología). Creo que se podría releer gran parte de tu obra a través del enfoque teórico de la llamada « *ecopoétique* » o « *écocritique* » porque la naturaleza (en todos los sentidos de la palabra) es uno de los protagonistas de tus novelas del ciclo de la memoria. ¿ Estás de acuerdo con esta lectura ?

Y tanto que estoy de acuerdo. Seguramente no era ésa la intención principal de la presencia de la naturaleza en mis relatos. Pero la relación humana con esa naturaleza es decisiva en las novelas que completan el ciclo de la memoria, sobre todo en las cinco primeras. Los sitios y los personajes que los habitan están ahí, siempre presentes. Y la mayoría de esos sitios son naturaleza en estado puro: las montañas, los ríos, las sendas abiertas por las pisadas humanas pero también por esa fauna que corretea por las trochas a

veces intransitables de los montes. Y qué decir de esos árboles, de esos bosques que eran espacios de libertad y no una emboscada. Sin embargo, he de anotar un detalle que considero importante. Para la gente de entonces, la que trabajaba en el monte (como mis abuelos y tantos otros) ese paisaje no tenía el componente ecológico de ahora. Ellos lo vivían como un espacio de dureza extrema: el calor, el frío, el arado, la mula que se dejaba el resuello arrastrando ese arado... Pero en el caso de la guerrilla antifascista, por ejemplo, la naturaleza y la resistencia armada contra la dictadura eran inseparables.

¿Cómo te sitúas, como escritor por supuesto, respecto al tema ?

Pues en el único sitio decente donde hemos de situarnos. Hemos destrozado el planeta. Lo venimos haciendo desde hace muchísimo tiempo. El progreso nunca puede ser depredador, tampoco con la naturaleza, faltaría más. Hemos recibido avisos durísimos en la forma de catástrofes medioambientales, de incendios repetidos, de ríos desbordados, de cambios en los comportamientos del clima... Y como si nada. Oídos sordos. Cuando llega la pandemia de Covid-19, caemos en la cuenta de que nuestra relación con la naturaleza es una mierda. La lucha contra el cambio climático ha de ser una de las más importantes -si no la que más- ahora mismo. Pero también aquí no destaco precisamente por el optimismo. Siempre tenemos enfrente los intereses económicos, el poder del mundo del dinero. Lo de siempre...

Como escritor valenciano ¿Cuál es tu opinión respecto al bilingüismo como arma política y poética ? ¿Podrías escribir tu próxima novela en valenciano ? ¿Escribirías lo mismo en una lengua que en otra ?

En el País Valenciano (también institucionalmente conocido como Comunidad Valenciana) hablamos dos lenguas: el castellano y el valenciano (catalán, en su vertiente científica). Yo vengo del interior y nuestra lengua es el castellano. Pero aprendí a hablar y escribir en

valenciano. Tengo dos novelas y un libro de poemas y una enorme cantidad de artículos periodísticos escritos en esa lengua. Es un lujo pertenecer a un país con dos culturas, y si son más pues mejor todavía. La riqueza de esa cultura mestiza es inmensa. Y claro que hay un componente político en su utilización.

En la Comunidad Valenciana el conflicto no está entre el uso público del valenciano y el castellano, como fuera de aquí se puede pensar. Aquí el conflicto está en que las derechas defienden el secesionismo lingüístico: el valenciano y el catalán son lenguas distintas. Y eso es absurdo, fuera de toda lógica científica y del mismo sentido común. Pero es un arma política muy fuerte en las campañas electorales. Y en las que conviene a las derechas esa agitación social a la que están tan acostumbradas, sobre todo cuando no gobiernan. La relación entre las dos culturas, entre las dos lenguas, no es un problema: volvemos a lo que he dicho ya repetidas veces en esta entrevista: por qué convertimos en conflicto algo de tanta riqueza cultural como la lengua. El uso torticero, oportunista, de la lengua podrá servir como arma política, pero convierte la nobleza de ese uso en una indecencia.

Tu traductor (también especialista de tu obra) se llama Georges Tyras. ¿Qué relación mantienes no con él (sé que sois amigos íntimos) sino con sus traducciones? Una vez traducidas ¿te parece que tus obras siguen siendo tuyas?

Sobre la traducción se ha hablado y escrito mucho. Y desde hace mucho tiempo. Ya Cervantes, en *El Quijote*, mostraba sus dudas acerca de su necesidad. Y más aún, esas dudas, si hablamos de poesía. Pero no hay otra manera de llegar a lo escrito en otras lenguas. Por eso, a pesar de lo que dijera Cervantes y condenara al fuego esas traducciones, será gracias a las versiones en las lenguas propias que accederemos a escrituras imprescindibles de la literatura universal. Y digo versiones porque intuyo que en algunas ocasiones las traducciones son auténticas versiones de la obra original. Y quiero pensar que para mejorarlas.

En mi caso tengo dos garantías más que contrastadas en cuanto a la calidad de las traducciones de mis novelas. Las que Georges Tyras hace al francés y la que hace unos meses llevó a cabo Erich

Hackl al alemán de una de mis novelas. Estoy convencido de que los dos mejoran mis originales. De hecho, las opiniones que me llegan (y me llegan muchas) de esos trabajos de traducción son de una admiración absoluta. Respecto a la última parte de la pregunta: cuando publicamos un libro, ese libro ya queda en manos de quienes los leen. Pues con las traducciones pasa más o menos lo mismo: el libro pasa a tener dos autores y uno de ellos es quien lo traduce. Pero claro: lo principal es que una traducción no traicione la moral de la escritura. Y eso me consta que Georges y Erich lo tienen muy en cuenta cuando se enfrentan a la lectura y posterior traducción de mis novelas.

¿Te parece que los lectores franceses leen tus obras como los españoles o hay algo profundamente diferente en su recepción?

Es difícil constatar esa recepción. Por lo que puedo percibir, son muy semejantes las reacciones en Francia y España de lo que escribo. Y lo mismo podría decir de eso mismo en otros países, como EEUU, Alemania, Italia, Reino Unido y ahora Austria, después de la traducción en este último país de *Aquel invierno*. La historia -aunque sea contada desde la ficción- interesa en todas partes. Recuperar un pasado traumático, indagar en las claves que nos lleven a conocer mejor -o al menos a interpretarlas- las circunstancias que provocaron el trauma interesan porque si no nos podemos pasar la vida dando palos de ciego sobre lo que pasó entonces y sobre lo que ahora nos pasa. Creo que ese interés ha hecho que mis novelas sean recibidas, no sólo con interés, sino con una auténtica vocación de estudio en esos países. También sucede eso con los lectores. Hay dos niveles de acercamiento a lo que escribo: el académico y el que ejerce la lectura común, la de esas personas que entran en una librería y se muestran interesadas por lo que sucedió en su propio país y que la ficción consigue a veces convertir en universal, como decíamos antes cuando hablábamos de la dimensión universal de lo local.

En ese sentido, me alegro de que eso pase con mis novelas, con mis artículos periodísticos, con las conferencias que me llevan a muchos sitios para hablar de lo común que nos junta cuando el

pasado se nos presenta con muchos puntos de semejanza. Es cierto, sin embargo, que en Francia observo de vez en cuando cómo se reciben, como si fueran lo mismo, lo que yo escribo y lo que escriben autores como Javier Cercas o Antonio Muñoz Molina. Un día se me acercó un profesor de una universidad francesa y me dijo que le sorprendía lo que yo había dicho sobre el revisionismo en España porque en Francia siempre se ha considerado a Javier Cercas un escritor republicano y de izquierdas. Le contesté que a lo mejor el público francés interesado en la literatura española contemporánea tendría que leer otras cosas además de *El País*. Seguramente bastante gente que esté leyendo esta entrevista estará en desacuerdo con lo que digo. Pero es lo que pienso. Y en todo caso, también pienso que los desacuerdos forman parte imprescindible del pensamiento y el debate democráticos.

Me gustaría que comentaras eso de « soy un escritor de fricciones y no de ficción » -lo escribes en el prólogo de *Algo personal...* Más allá del juego de palabras, es una manera de cerrar el debate estéril entre lo que es realidad y lo que es ficción en la literatura ¿no te parece ?

Eso que escribo en *Algo personal* viene de una anécdota que tiene que ver con Francia, precisamente. Cuando estaba revisando el texto que tenía que entregar para el congreso “¿Puede aún ser subversiva la literatura?”, celebrado en Montpellier en el año 2012, escribí que yo era un escritor de ficciones. Y cuando ya estaba a punto de enviarlo, me di cuenta de que había escrito “fricciones” en vez de “ficciones”. En un primer momento, pensé evidentemente en corregir el error. Pero no. No lo corregí. Y dejé lo de “fricciones”. No tanto por aclarar el posible enfrentamiento entre realidad y ficción (que también), sino para dejar claro que no me interesaba escribir si no es desde el conflicto, desde aquello que te enfrenta a ti mismo con lo que escribes y a lo que escribes con el mundo que te rodea, en el que vives.

Me irritan profundamente las novelas, los poemas, en que no pasa nada, en que no hay conflicto y, si lo hay, ese conflicto se solventa sin conflicto. Escribo desde ahí, desde esa fricción que nunca abandona a quien escribe, a quien vive lo que escribe, no desde esa

verosimilitud que siempre se adjudica a la ficción, sino desde la verdad que esa misma ficción ha de ofrecer a quien la lee.

Por seguir tu argumento sobre mi posible participación en el debate entre realidad y ficción, creo que es ésa la principal aportación que puedo hacer, aunque pueda estar equivocado. En una sesión que compartí (juro que nunca más) con Andrés Trapiello y Jordi Gracia en Madrid, ellos argumentaban que la ficción no tiene límites. Y eso es una barbaridad. Eso te libera de toda responsabilidad ética, de todo compromiso con la verdad de lo que se cuenta. Claro, si luego vemos lo que escriben ambos, entiendes perfectamente que les interese poco o nada la verdad de las ficciones. Me gusta una frase de Joyce Carol Oates: “Yo creo en la verdad, aunque duela. Especialmente si duele...”. Creo que de ahí salen mis novelas. Y eso no resulta fácil de llevar a cabo si no es estableciendo una relación de conflicto contigo mismo y con lo que escribes.

La lealtad es un valor que reivindicas desde siempre. Después de tantos años de haber escrito, luchado, ¿ existe un tema sobre el cual dirías que te has equivocado o un texto del que te arrepientes ? Claro, me refiero a lo que algunos llaman « evolución » o « madurez » ...

Regreso poco a lo que he escrito. Me da miedo. Por los errores cometidos, por las erratas que salieron de la imprenta (muy pocas, ésa es la verdad), por todo aquello que tiene que ver con lo que dices: evolución, madurez... Considero los errores como parte de un proceso de aprendizaje. Los comienzos tienen que ver con el miedo y también con la aventura gozosa del atrevimiento. Por esas dos sensaciones pasé con mis primeros libros.

Recuerdo lo que escribía Pierre Michon en *El origen del mundo*. El protagonista llegó a su primer destino con veinte años. Era profesor. Se aloja en el hotel del pueblo. Todo se le llena de fantasmas. La mirada de un zorro disecado lo aterrca. Se va a dormir, pero el miedo se lo impide. Muchos años después, en esa evocación que es la novela, recuerda aquella noche: “aquel pasado me pareció mi porvenir”. Y así sucede con el paso del tiempo sobre tus libros. Cada vez eres menos atrevido. Pero el miedo de la primera vez -como al personaje de Michon aquella noche- nunca desaparece. Cada libro

que publicas es como si fuera el primero. No hay madurez que valga. Eres una criatura indefensa delante de un jurado cuyo veredicto desconoces. Por eso, no valen los arrepentimientos. Somos lo que hemos venido siendo dentro y fuera de lo que venimos escribiendo durante tantos años. Y amputarnos una parte de nosotros mismos no es algo que precisamente me seduzca...

¿Qué significa la lealtad para un escritor ?

Muy brevemente. No traicionar aquello en lo que crees, a aquella gente que nunca te falló cuando la necesitaste. O sea, si no eres un canalla, todo eso se junta en algo muy sencillo y a veces difícil de mantener: no traicionarte a ti mismo. No distingo entre el escritor y lo que se es fuera de la escritura. El ejemplo de lealtad en el terreno de la literatura es muy claro: publiqué mi primer libro en la editorial Montesinos. Eso fue en 1984. Treinta y siete años después sigo en esa misma editorial. Y Miguel Riera y Elisa-Núria Cabot, sus responsables, son ya parte de mi propia familia. Intento que fuera de la literatura mis lealtades sean las mismas que en la literatura.

Eres un escritor cuyo estilo se reconoce en seguida. Cuando lees a un escritor (o a una escritora) ¿es lo que buscas ? ¿Un estilo propio ?

Lo del estilo siempre me pareció un tanto pretencioso. Hace un rato hablaba de Flaubert sobre eso mismo. Cuando leí sus cartas a Louis Colet, me entró el pánico. Me refiero a cuando la madre del escritor (si no recuerdo mal, que a lo mejor sí) le contaba que su hijo estaba "enfermo de estilo". Se despertaba por las noches para corregir algún detalle que a otros ojos hubiera pasado desapercibido. Lo de que tengo un estilo muy personal lo han dicho y escrito quienes han estudiado mis libros. Seguramente será porque mis raíces no están en ninguna parte. Crecí en una casa sin libros, ya lo dije antes. Leí durante muchos años literatura considerada inmunda. Eso que con desprecio se llama subliteratura: novelitas del Oeste, del FBI, de espías que no eran los de John Le Carré. Llegué muy tarde a la gran literatura, como la llaman desde el Canon literario. Y para entonces

ya me habían marcado dos “estilos”: la oralidad (también comentamos eso al principio) y la escritura inmunda según los cánones al uso.

Cuando empecé a escribir no tenía, pues, ninguna referencia. Me inventaba historias y a la vez me inventaba cómo escribirlas. En poesía sí que tuve una referencia clara: la de los poetas y cantantes beat de finales de los años cincuenta y los sesenta del pasado siglo. Aunque ahora, desde hace mucho tiempo, leo más poesía que otra cosa. Y no me preguntes por los poetas que leo porque la lista sería interminable. Pero puedes poner cinco: René Char, Emily Dickinson, Antonio Machado, Alejandra Pizarnik y Gustavo Adolfo Bécquer. Digo cinco porque cinco son los que nombraba Borges: Quevedo, Browning, Unamuno y Whitman. Bueno, ahora me doy cuenta de que Borges sólo citaba cuatro... Pero volviendo al principio: si se percibe en lo que escribo un estilo propio, reconocible, igual es porque no hay estilo en lo que escribo, porque los cuentos al calor del fuego de la chimenea ya son olvido o porque las novelitas del Oeste y el FBI no existen para quienes estudian la gran literatura... En todo caso, me gusta -y mucho- que se diga que lo que escribo es perfectamente reconocible. Eso sí: ojalá sea para bien...

Tu último libro (*Algo personal*) es una manera de hablar de ti a través de tus experiencias de lector y a la vez un homenaje a los escritores y a sus obras. Pocos hablaron así de la interacción entre la vida y los libros... ¿Es lo que pretendías, darles protagonismo a los libros ?

No porque sea hasta ahora mi último libro, pero es uno de los míos que más quiero. Para mí es como la cuarta parte de esa biografía familiar que antes comentábamos: *Esas vidas, Otro mundo y Claudio, mira*. Faltaba la mía, mi propia biografía. Eso decían mis amigos. Pues creo que sí, que *Algo personal* es el eslabón que faltaba para que el álbum familiar esté al completo.

Mi biografía personal son en muy buena parte los libros. Piensa que, como dije antes, crecí en una casa sin libros. Leía lo que tenía más cerca y poco a poco iba leyendo más cosas, sobre todo con la ayuda del Círculo de Lectores -una iniciativa empresarial que permitía comprar libros a plazos-, de los libros Reno, de la editorial Plaza y

Janés, y los de la editorial Molino, que publicaba novelas de misterio, como las de Agatha Christie y Erle Stanley Gardner. Leía lo que me parecía interesante. Nadie me servía de guía. Sin ningún criterio compraba y leía. A veces era por el título. Otras, por la cubierta. Eso, más o menos, lo he seguido manteniendo. No leo nada relacionado con la literatura, me refiero a los suplementos literarios o algo parecido. Mis guías son las recomendaciones de los amigos y esa aventura maravillosa de entrar en una librería y salir con un libro desconocido que siempre está en el rincón más apartado de esa librería.

Algo personal es la relectura de muchos de aquellos libros primeros. Lo decía Julio Ramón Ribeyro: tenemos el deber de releer más que de leer. Muchos de esos libros y quienes los escribieron son desconocidos u olvidados ahora mismo. Incluso de escritores conocidos elijo su libro (siempre un libro por autor o autora) menos divulgado. Son cincuenta libros y autores. Y mucha gente -incluso de la crítica y del profesorado de literatura- me dicen que desconocen absolutamente muchos de esos autores y muchos de esos libros. Por ejemplo, hablando de Francia: ¿se recuerda a Monique Lange, a Jean Rhys, a Jean-François Vilar...? También sale una de las escritoras francesas que más admiro: Annie Ernaux. Y sí, creo que a ella sí que se la conoce y reconoce en su país.

Pero lo que más me interesa de *Algo personal* es precisamente eso: lo personal. Me interesan no tanto los libros y quienes los escribieron como quién era yo mismo cuando los leía. Por eso te decía que es como la cuarta parte de ese álbum familiar que eran los tres libros anteriores. Y hay un detalle que me llena de satisfacción, incluso de un cierto orgullo: mucha gente -y digo mucha- ha buscado bastantes de los libros que aparecen en el mío. Y varias editoriales se han puesto a reeditar algunos de esos libros. Desde aquí, y en el apartado de literatura española, recomiendo absolutamente a Concha Alós, Mercedes Soriano, Dolores Medio, Carmen Mieza y Cecilia G. de Guilarte. No será fácil que encontréis sus libros (sí en librerías de segunda mano), pero mira si dio vueltas y vueltas el plano de *La isla del tesoro*....

Sabes que muchos críticos establecen comparaciones entre tu obra y la de Rafael Chirbes y por eso puede sorprender que no

haya ningún libro suyo en *Algo personal...* ¿Podrías citar uno que te marcó y explicar porqué ?

La selección para *Algo personal* la hice según los criterios que antes comentaba. Y ahí no entraban los libros de Rafael Chirbes, un escritor de reconocido prestigio sobre todo en los últimos siete u ocho años. Nos juntó una gran amistad, aunque nuestras escrituras creo que eran bastante diferentes. Tal vez *Mimoun* y *La buena letra* (sobre todo esta última) sí que nos juntaban. Pero no creo que con las demás pasara lo mismo. Por otra parte, lo que en sus novelas cuenta no es tanto sobre la Transición (como él mismo decía y la crítica ha seguido afirmando) como de lo que pasaba en España con los sucesivos gobiernos socialistas de 1982 a 1996.

Es ésa una confusión que aún se mantiene: la duración. La Transición va de 1976 a 1981 (golpe de Estado) o 1982 (triumfo electoral del PSOE). Lo que viene luego, es otra cosa, aunque en bastantes de ellas nada haya cambiado. El golpe de Estado no fracasó del todo, sino que fue un aviso para navegantes y por eso se dejaron intactas las más profundas estructuras del franquismo. Los grandes beneficiados del 23-F fueron el Rey, y en consecuencia, la Monarquía. Y ya ves ahora: ese Rey está huido de la justicia y su hijo hace ejercicios malabares para demostrar que no estaba enterado de los desmanes de su padre.

Sigamos hablando de literatura: las novelas de Rafael Chirbes que más me interesan son las dos que he citado antes y *Los disparos del cazador*. Para la versión en catalán de *La buena letra* escribí el prólogo. Y al releerla me afirmo en lo que digo: creo que ahí están el desgarro que enlaza la victoria fascista de 1939 y la corrupción que vendrá en los años de la al menos aparente bonanza democrática. Esa especulación urbanística que tanto ha destacado en *Crematorio* ya estaba en *La buena letra*, sólo que se daba en el ámbito familiar. Pero la corrupción empezaba ahí, precisamente en el ámbito reducido de una familia dividida por los desastres de la guerra y la fanfarria desarrollista de la dictadura. Sin embargo me preocupa una cosa: que el éxito repentino de Chirbes lo convierta en olvidable. Porque *Crematorio* y *En la orilla* (que no son ni de lejos sus mejores novelas) han llegado a nuevos lectores. Pero no sé si esos lectores se han interesado en leer sus libros anteriores. El trabajo de recuperación de su obra creo que está en las manos del mundo

académico. Ojalá también su lectura traspasara ese ámbito de recuperación. Ojalá.

¿Cuál es la pregunta que te harías a ti mismo si tuvieras que entrevistarte ? Y por supuesto, ¿qué le contestarías ?

¿Vale la pena pasarte la vida luchando para que todo sea mejor, para conseguir un mundo de iguales, y sin embargo ves cómo día a día el mundo se desmorona entre la mierda, como pasaba en aquella memorable escena de *Casablanca*? Y la respuesta es clara: sí, claro que vale la pena. No sirven el conformismo, la aceptación de que lo que hay es para siempre, la entrega a ese capitalismo feroz al que la dignidad de las personas le importa un pito. Ya sé que puedo parecer antiguo (seguro que lo soy), pero lo tengo cada día más claro: la lucha continúa. En los libros y fuera de los libros. Sobre todo, fuera de los libros. Y por ahí ando.